

SER CATEQUISTA HOY
por GAETANO GATTI

CATEQUISTAS:
ANUNCIO DEL MISTERIO DE CRISTO EN LA IGLESIA

1 «AUN ANTES ESTÁN LAS COMUNIDADES ECLESIALES» (RdC 200)

La única catequista auténtica es la Iglesia, ya que sólo ella es capaz de anunciar el misterio de Cristo, del que conserva, por don del Espíritu, su completa memoria. Dentro, pues, de la comunidad, a la que Jesucristo confió su poder profético, es donde desempeñas tu ministerio catequético como momento del anuncio de la Palabra de la Iglesia.

«Nadie puede realizar solo la acción catequética, ya que ésta exige la movilización de múltiples energías. Cada uno, según su tarea y sus carismas, contribuye a la misma misión: Los obispos, en unión de sus sacerdotes, los diáconos, los padres de familia, los catequistas, los maestros, los animadores de comunidades cristianas» (MSPD 14). Se desprende de aquí que el catequista se nutre de una «sólida espiritualidad eclesial» (RdC 189), que alimenta compartiendo la idéntica misión de anunciar la Palabra de Dios.

No puedes, en realidad, desempeñar fácilmente el ministerio catequético si no es en relación con todos aquellos que, en la comunidad, educan a los muchachos en la fe: los sacerdotes, los padres, los religiosos, los demás seglares catequistas como tú... Constituid juntos un único frente eclesial, que adquiera su eficacia y su riqueza de la diversidad de los estados de vida, para formar una comunidad educadora que anuncie el misterio de Cristo.

«Esta diversidad de servicios en la unidad de la misma misión constituye la riqueza y la belleza de la evangelización» (EN 66).

¿Quién eres tú en la Iglesia?

¿Eres un padre, una madre, una religiosa, un sacerdote, un joven? Tu situación de vida es el lugar en el que la Palabra de Dios resuena con el eco de tu existencia, o mejor dicho, de tu estado de vida, con sus acentos propios y originales que no puedes ignorar.

La vocación catequética está íntimamente vinculada a la situación sacramental en la Iglesia, y tu ministerio se ejercita antes con la vida que con la palabra. El servicio catequético comporta, por lo tanto, fidelidad a la propia condición eclesial, que es un aspecto integrante de la Palabra que anuncias, y de la cual recibe una serie de matices originales e inéditos. Por este motivo la comunidad de los catequistas, para poder proclamarse propiamente «iglesia», necesita englobar en sí misma los dones típicos que el Espíritu da generosamente al pueblo de Dios, para evidenciarlos en la comunión recíproca.

Los catequistas contribuyen de esta manera a constituir la Iglesia, a brindar a los muchachos una imagen de la misma más completa, más en consonancia con los designios de Dios, y más viva.

En relación con tu condición de vida (casado, célibe, consagrado, religioso) anuncias y haces presente un momento de la Iglesia que, sin embargo, es complementario de otras experiencias.

Es indispensable, pues, que te encuentres con los diversos catequistas, que sincronices tu palabra con la de ellos, que adquieras conciencia de la originalidad de tu contribución y descubras la novedad de la aportación de los demás, a fin de que, de este modo, llegues a ser un eco fiel de la voz de la Iglesia entera.

En tu palabra los muchachos necesitan escuchar la resonancia de diversas experiencias de la vida de la Iglesia y conocer la diversidad de los dones que el Espíritu da generosamente a la comunidad, a fin de poder identificar la propia vocación. El encontrarse con los demás catequistas es, por lo tanto, una exigencia de fidelidad al contenido cristiano que hay que transmitir, es decir, el misterio de Cristo, vivido en la Iglesia de hoy.

En las páginas que vienen a continuación no te sientas, pues, fácilmente dispensado de la lectura de aquellas partes que no correspondan a tu condición de vida, como si no te interesaran.

Tienes que ser corresponsable del modo como se realiza el misterio de Cristo en la comunidad cristiana, en virtud de una exigencia de comunión fraterna y de solidaridad en la fe con las dificultades, sufrimientos y alegrías de todos aquellos que anuncian la Palabra de Dios.

I EL SACERDOTE, AL SERVICIO DE LA COMUNIÓN ECLESIAL DEL MINISTERIO DE LA PALABRA
«PREDICAD EL EVANGELIO A TODA CRIATURA» (Mc 16,15)

En el comienzo de tu vocación de catequista tal vez jugara un papel determinante la invitación de un sacerdote. De seguro que hoy, en el desempeño de tu ministerio, se ha establecido un «encuentro» más frecuente e incluso una amistad más viva con los sacerdotes de tu comunidad.

Es cierto que no eres delegado de ellos en el servicio de la Palabra; sin embargo, son ellos los que han reconocido en ti el don del Espíritu y te capacitan para desempeñar este ministerio en la comunidad a ellos confiada por el obispo.

Te encuentras con el sacerdote, de manera particular, en el grupo de los catequistas, tal vez porque también él

comparte contigo la experiencia de dar catequesis a un grupo de muchachos. Ojalá sea así, porque entonces podrá él estar más cerca de ti en tus problemas y ofrecerte una ayuda más eficaz.

Ciertamente que desempeñas tu ministerio en comunión con él, en el respeto a la recíproca originalidad que hace a los hombres diversos, pero complementarios y unidos en el servicio de la Palabra. Es, pues, imprescindible que conozcas la originalidad del ministerio catequético del sacerdote, a fin de que puedas realmente hacer comunión con él y ayudarlo (¡aunque te parezca extraño!) a expresar la novedad de su servicio en la Iglesia.

De esta manera te será más fácil reconocer el don de la presencia del sacerdote, su insustituible función y redescubrir, como por reflejo, la originalidad de tu ministerio de laico.

Como catequista, ¿qué tipo de relación tienes que establecer con el sacerdote?

¿Cuál es la identidad específica del ministerio catequético sacerdotal? Y si tú, lector, eres sacerdote... es una reflexión la nuestra que nos hace descubrir «catequistas entre los catequistas» al servicio de una Palabra que nos juzga y no oculta a los laicos nuestros fallos o limitaciones; y no para que nos «contesten», sino para que nos acojan tal como somos, para ayudarnos a ser fieles a la consigna que Jesús nos ha dado:

«Predicad el evangelio a toda criatura» (Mc 16,15).

1. EL SACERDOTE: PRIMER CATEQUISTA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

El sacramento del orden es el que cualifica la identidad catequética del sacerdote y le llama oficialmente a hacer presente y visible, en la comunidad, el servicio de Cristo cabeza, profeta, sacerdote, con una consagración que le ata profundamente a la comunidad. El ministerio sacerdotal es, por consiguiente, muy complejo.

Como catequista, estás particularmente interesado en su servicio de la Palabra, que te sitúa al lado de él. Es un tipo de ministerio que el desempeña juntamente y en relación con los otros servicios: el culto, la caridad, etc., pero dentro de los cuales asume una fisonomía específica.

De esta manera descubres el sentido de la corresponsabilidad y de la complementariedad del ministerio de los laicos, requerido por la fe en la multiplicidad de los dones que el Espíritu comunica a todo creyente en la Iglesia.

A tus sacerdotes tienes que pedirles la prestación del servicio de la Palabra, que es propia de ellos. En este sentido se les invita a que no extiendan su actividad a sectores en los que actúan mejor los laicos. Por este motivo es necesario determinar juntos lo que es «específico» del ministerio de la Palabra del sacerdote.

Consagrado para predicar el evangelio a la comunidad

Entre los múltiples deberes que hoy día incumben a los sacerdotes, hay que conceder la prioridad a uno de ellos: el ministerio de la Palabra.

Más que una exigencia pastoral, es una respuesta de fe al don de la consagración sacerdotal.

Los presbíteros, en su condición de cooperadores de los obispos, tienen ante todo la obligación de anunciar a todos el evangelio de Dios, a fin de que, cumpliendo el mandato del Señor: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Mc 16,15), puedan constituir e incrementar el pueblo de Dios... Los presbíteros tienen, por lo tanto, el deber de comunicar a todos la verdad del Evangelio, de la que se gozan en el Señor. (PO 4)

Es un ministerio prioritario destinado a la comunidad, a fin de que ésta se realice cada vez más como «iglesia», es decir, como asamblea convocada por el Espíritu Santo.

Los sacerdotes, en realidad, son «maestros en el pueblo de Dios y para el pueblo de Dios» (PO 9). Este don del Espíritu les asigna el desempeño de algunos servicios en la comunidad.

Por su particular configuración con Cristo profeta, hacen ellos vivo y actual el ministerio de la Palabra y proponen de nuevo su imagen de Maestro. «Uno solo es vuestro Maestro... Cristo» (Mt 23,10). Su silencio o su negligencia harían menos eficaz y penetrante esta presencia del Señor en medio de su pueblo.

Los sacerdotes son los ministros de la Palabra para toda la comunidad, dado que su servicio tiende sobre todo a crear la comunión, a fin de que se haga presente la fraternidad en el amor del único Padre. A ellos, efectivamente, corresponde urgir la evangelización de todas las edades y situaciones de vida dentro de la comunidad, para hacer que cada cual colabore, en atención a los dones recibidos, al servicio de todo el pueblo de Dios.

Tal ministerio goza, por lo tanto, de una prioridad, en el sentido de que desempeña un papel fundante de la comunidad y constituye un servicio básico para el común crecimiento de la fe.

No pretendo con esto relegar tu función catequética de laico a un grado inferior, ya que en la Iglesia los ministerios son todos importantes; pretendo únicamente subrayar la originalidad del

papel que compete al sacerdote. De hecho, él está llamado a ser el servidor de la comunidad entera con un tipo de intervención que la concierne de una manera global.

Servidor de la comunión eclesial

El sacerdote es el que, con el ministerio de la Palabra, promueve la comunión eclesial, que es un don del Espíritu que hay que hacer resurgir continuamente en la comunidad:

«La función propia del ministerio sacerdotal, en el corazón de la Iglesia, es la de hacer presente el amor de Dios en Cristo hacia nosotros mediante la palabra y el sacramento, y al mismo tiempo suscitar la comunión de los

hombres con Dios y entre ellos mismos». Esto ocurre de una manera particular «a través de la eficaz proclamación del evangelio, para la que los presbíteros son consagrados y con la que se comprometen como primer deber suyo» (PSM 63).

Obligación principal del sacerdote es, por consiguiente, la de procurar en la comunidad el espacio vital para el ejercicio de los dones que cada cual ha recibido del Espíritu.

En realidad, no tiene el monopolio de la Palabra, sino que la reconoce con acentos y tonos diversos en los miembros de la comunidad. Está, por consiguiente, al servicio de la multiplicidad de los carismas.

El ministerio del sacerdote se perfila, por consiguiente, con algunos rasgos específicos:

Promueve la vocación catequética de todo cristiano en relación con su estado de vida casado, religioso, célibe...

Los sacerdotes han de saber discernir qué espíritus tienen su origen en Dios:

«Descubran con espíritu de fe los carismas de los laicos, tanto los más altos como los más humildes, probando si provienen del espíritu de Dios; reconózcanlos con gozo y foméntelos con diligencia» (PO 9).

Escucha la palabra de los laicos, «considerando sus deseos fraternalmente y reconociendo su competencia en los diversos campos de la acción humana, de tal manera que junto con ellos puedan reconocer los signos de los tiempos» (PO 9), es decir, la Palabra de Dios a los hombres de hoy.

Armoniza la aportación original de todos, a fin de que, en la comunión recíproca, pueda la comunidad hacer realidad la imagen de Cristo. Respeta, por tanto, «en cada creyente el derecho y la obligación de ejercitar (los carismas recibidos, aun los más sencillos), para el bien de los hombres y para la edificación de la Iglesia en la Iglesia y en el mundo» (AA 3)

No pienses tan sólo en «recibir» del sacerdote. Dale tú a él la originalidad de tu ser laico, que caracteriza tu modo de interpretar y de vivir la Palabra de Dios.

Cooperador del obispo (PO 4; EN 68)

El reconocimiento del don del Espíritu permite a cada cual expresarlo de diversas maneras concretas, entre las cuales una de las más habituales es el ministerio de la Palabra.

Se trata de una variedad que es signo de vitalidad y de riqueza del mensaje cristiano mismo. El ministerio catequético del sacerdote se orienta a ayudar a todos a tomar la palabra en comunión recíproca, de manera que la comunidad se haga cada vez más adulta. Existe, sin embargo, el peligro de distorsionar o manipular la Palabra misma.

La riqueza se transformarla, entonces, en división; la vitalidad en una deletérea dispersión de energías.

El sacerdote, enviado por el obispo y cooperador suyo, es el que, con sus intervenciones y con su presencia, garantiza la comunión eclesial de la iglesia local (cf.

Efectivamente, «todo presbítero está investido de una responsabilidad especial en el anuncio de toda Palabra de Dios y su interpretación de acuerdo con la fe de la iglesia» (PSM 77). En

consecuencia, el ministerio del sacerdote: garantiza que tu servicio catequético es auténtico, es decir, que se cita como momento expresivo de toda la comunidad cristiana; hace que tu anuncio cristiano sea eclesial, aunque vibren en él fuertes acentos personales de los que nunca puedes prescindir.

«Con su presencia y su palabra, el presbítero garantiza la comunión con el obispo y con la iglesia local y favorece la coordinación con los distintos integrantes de la comunidad parroquial: las familias, las asociaciones, la escuela y otras posibles estructuras educativas presentes en la misma zona pastoral» (ICF 83).

El sacerdote, pues, en nombre del obispo, desempeña la función de signo eclesial en la comunidad que le ha sido confiada. Esta obligación comporta la responsabilidad de comprender rectamente e interpretar con claridad el magisterio de la Iglesia; de no confundir opiniones de corrientes teológicas o interpretaciones personales con el pensamiento oficial, con el riesgo de dar lugar a falsificaciones y conflictos de conciencia

2. EL SACERDOTE «CATEQUISTA», HERMANO ENTRE LOS HERMANOS

La actitud en la que deben inspirarse las relaciones entre el sacerdote y los catequistas es la de la corresponsabilidad, que debe ser entendida dentro de un ministerio que se comparte como «hermanos entre hermanos, por ser miembros del mismo y único cuerpo de Cristo» (PO 9) y se ejercita conjuntamente para edificar la Iglesia.

Esta vinculación recíproca no nace de una simple simpatía humana o de la urgencia de una acción pastoral armónica y coordinada, sino de la fe en la Palabra de Dios, que se interpreta y anuncia en compañía. El sacerdote, en realidad, comparte con los catequistas la común responsabilidad de formar creyentes y no personas «instruidas» en la religión.

En este sentido está muy cerca de los catequistas, comprende que tienen también algo que aprender de ellos, ya que su saber teológico puede constituir a veces un obstáculo para el lenguaje de sus oyentes. Los laicos son interlocutores importantes del sacerdote.

Catequista con los catequistas

Ser catequista, aun para el sacerdote, supone desempeñar juntamente con la comunidad este ministerio, a fin de llegar a ser auténtico signo de la iglesia maestra.

La función profética necesita esta connotación eclesial, querida por Jesucristo, que confió a una comunidad el mensaje de la salvación que hay que anunciar a los hombres

El sacerdote, por lo tanto, tiene necesidad de los demás catequistas para expresar y hacer presente, en su servicio a la Palabra, el misterio de la Iglesia. Tiene que hacer oír su voz junto a la de los demás educadores de la fe, mezclarla con ella, a fin de que resuene una única voz que sea el poderoso eco de la vida de toda la comunidad. Es preciso que establezcas una correcta relación con tus sacerdotes, que elimines, con respecto a ellos, un falso sentido de inferioridad, pero sin asumir tampoco actitudes arrogantes.

Debes buscar un justo equilibrio que te permita sentirte hermano, de un modo especial, de los sacerdotes que te secundan en el servicio catequético. He aquí, a este propósito, algunas importantes convicciones que has de tener:

El sacerdote no es el especialista de la Palabra de Dios, en el sentido de que sea capaz de agotar toda su riqueza y toda la profundidad de sus significados. También él está en búsqueda y se interroga como tú.

El «aggiornamento» y el estudio teológico son medios importantes, pero no siempre suficientes para responder a los interrogantes que los hombres se plantean hoy en día. Es necesario escuchar a la comunidad, que vive el anuncio cristiano en medio de tantas dificultades y a través de intentos no siempre acertados.

Los catequistas, cuando aciertan a ser auténticos interlocutores del sacerdote, significan una valiosa ayuda al desempeño de su ministerio y muchas veces es más lo que dan que lo que reciben.

Está fuera de duda que la falta de contacto del sacerdote con una comunidad viva, empobrece su palabra, la hace abstracta, menos actual e incisiva, carente de una verdadera dimensión eclesial.

El catequista del grupo de catequistas

Lugar privilegiado, aunque no único, para que el sacerdote confronte y coparticipe la Palabra de Dios, es el grupo de los catequistas. Es aquí, efectivamente, donde las diversas interpretaciones emergen y confluyen en la búsqueda de un lenguaje eclesial, es decir, de un sistema de significados cristianos comunes, porque son vividos en compañía.

De esta manera se perfila la figura del sacerdote como «catequista del grupo de los catequistas», con una original y exclusiva aportación a la constitución de la comunidad de los educadores en la fe.

«El párroco, o uno de sus sacerdotes colaboradores, es el animador y el guía del grupo de los catequistas. Es él quien se hace eco de la Palabra del Señor, para llamar a los fieles a asumir la misión de catequista, comprueba sabiamente su disponibilidad interior y les acompaña en su primera preparación y en su permanente formación espiritual, doctrinal y educativa» (ICF 83).

Su función se deriva del sacramento del orden:

Del sacerdote los catequistas tienen que esperar, ante todo, una sólida formación espiritual que les ayude a desempeñar su ministerio con celo y con fervor. Es la contribución fundamental que él aporta a aquellos en quienes ha reconocido el don de la Palabra.

«De los sacerdotes deben esperar los laicos luz y fuerza espiritual. No piensen, sin embargo, que siempre sus pastores estarán tan especializados que les puedan dar en cada uno de los problemas que vayan surgiendo, aunque sean graves, una solución concreta e inmediata, ni que ellos han sido enviados para eso: más bien, dirigidos por la sabiduría cristiana y siguiendo fielmente la enseñanza del Magisterio, asuman el puesto que les corresponde» (GS 43).

-Dentro del grupo, el sacerdote es testigo de Cristo y signo de la Iglesia. Más que tratar de mandar o imponer, se siente dispuesto a servir a todos. No está por encima de los catequistas: en cuanto catequista como ellos que es, no sólo tiene que dar, sino también recibir.

El sacerdote educa a los catequistas para que se escuchen, a fin de descubrir juntos el anuncio que hay que transmitir a los muchachos, pero sobre todo para constituirse en comunidad, en un esfuerzo de búsqueda común de los significados de la Palabra de Dios.

Signo de la tradición eclesial

En el desempeño del ministerio de la Palabra, la atención de los catequistas a las situaciones actuales de los destinatarios tiene que ser nuevamente remitida al interior de la tradición cristiana, de la que extrae abundantísimas experiencias y profundas riquezas.

Evidentemente, no se trata de un retorno al pasado, sino de una fidelidad al momento presente, a la luz de la historia del pueblo de Dios, que pone hoy a nuestro alcance los resultados de su reflexión. Debido a un falso espíritu innovador, existe el peligro de marginarse de la riqueza de la tradición cristiana. El sacerdote es precisamente quien la propone de nuevo:

El es el signo de la continuidad de la Iglesia, que se expresa en una tradición viva que no es uniformidad, sino maduración de nuevos significados en sintonía con las grandes opciones asumidas ya dentro de la comunidad cristiana.

El sacerdote evita en los catequistas los extremismos del replegamiento sobre el pasado y del aventurismo

interpretativo, deletéreaos ambos para un auténtico encuentro con la Palabra de Dios, que pertenece siempre al presente.

La palabra del sacerdote, en esta perspectiva, te lleva a desempeñar tu ministerio dentro de una tradición viva que atraviesa los siglos y que, mediante tu palabra, llega hasta los muchachos de hoy.

3. EL MINISTERIO CATEQUÉTICO DEL SACERDOTE ENTRE LOS MUCHACHOS

Aun cuando los cuadros organizativos de la catequesis estén completos, merced a la disponibilidad de numerosos catequistas, el sacerdote no debería renunciar nunca a ocupar su puesto, es decir, a educar en la fe a un grupo de muchachos que, por medio de un sistema rotatorio, tuviesen la posibilidad de encontrarse con él.

Es verdad que ya en otros momentos explica e interpreta él la Palabra de Dios (en la homilía, en la escuela), pero su presencia es indispensable también entre los muchachos en la comunidad cristiana (oración, grupos...). Hoy, concretamente, no basta con ser profesor de religión en la escuela para cumplir la propia vocación catequética en la Iglesia. Este es tan sólo un «momento» de dicho servicio, pero no lo es todo, ni siquiera por lo que se refiere a la identidad misma de la enseñanza religiosa tal y como se configura en la institución escolar.

Si ninguno de tus sacerdotes está comprometido contigo en la actividad catequética, entonces es verdad que ante los muchachos sois menos «Iglesia», pero sobre todo se empobrece el ministerio catequético de los laicos.

Presencia viva de la Iglesia

Es indispensable para los muchachos la presencia del sacerdote en la catequesis, donde con su persona evoca la imagen de la comunidad entera, de la que él es responsable. Sobre todo dentro de su grupo, se muestra como signo catequético por diversas razones.

El sacerdote hace presente la imagen de la Iglesia que convoca en el amor del Espíritu, para escuchar la Palabra y sentirse y vivir como hermanos por ser hijos del Padre.

Ser cristianos supone encontrarse juntos, por haber sido llamados a encontrarse con el Señor resucitado que vive en la comunidad.

El sacerdote reivindica la comunión con la iglesia local, que le ha sido confiada por el obispo, a fin de que crezca en la escucha de la Palabra y en la participación en los sacramentos.

El sacerdote manifiesta las atenciones y la acogida de toda la comunidad, que se preocupa por el crecimiento en la fe de los muchachos y le secunda con su oración y su solicitud.

El sacerdote visita habitualmente los diversos grupos de la catequesis, conversando con los muchachos y con los catequistas y demostrando un especial interés por el camino de fe que progresivamente va madurando en su interior.

Invita alguna vez a tu «sacerdote» a la catequesis, prepara el encuentro con un cuidado especial, a fin de que redunde en una auténtica experiencia de comunión eclesial para tus muchachos

Remisión a la asamblea litúrgica

La presencia del sacerdote en la catequesis hace más fácil la unión con la comunidad que celebra los misterios de Cristo en los gestos sacramentales. La Palabra que tú anuncias a los muchachos, por su propia naturaleza, tiende a ser «celebrada» en las asambleas litúrgicas. En la persona del sacerdote tiene lugar de una manera espontánea la síntesis entre Palabra y sacramento, porque se remite al ministerio de la idéntica persona.

A los muchachos les resulta más fácil captar la complementariedad de los dos aspectos, que corren a veces el peligro de verse disociados. La invitación al sacerdote para que intervenga en la catequesis adquiere un significado particular cuando los temas en cuestión están más directamente en relación con la experiencia litúrgica o con la preparación para la recepción

de algunos sacramentos: la misa de primera comunión, la reconciliación, la confirmación.

En tales circunstancias estaría bien que al sacerdote se le confiase algún encuentro. De esta manera podría él presentarse a los muchachos como: el que preside en la comunidad las celebraciones litúrgicas hacia las que converge todo ministerio catequético; el que es ministro de Jesucristo a la hora de reactualizar sus gestos de salvación en la iglesia.

Es un rasgo importante de la imagen del sacerdote que los muchachos deben conocer directamente de sus labios y de un modo familiar, eliminando cierta sensación de alejamiento que a veces permanece inconscientemente.

Signo de la Iglesia universal

La comunidad cristiana local es una instancia de la Iglesia universal, que se hace presente en ella; pero precisa conservar siempre la apertura, el aliento y los horizontes de todo el pueblo de Dios esparcido por el mundo entero. El sacerdote, colaborador del obispo, se convierte en un signo privilegiado de la Iglesia universal.

En el encuentro con él, tus muchachos han de ser capaces de captar el significado de esta pertenencia:

La tensión misionera de la Iglesia, atenta a los problemas que afectan a todos los hombres en la búsqueda de una solución que se ilumine con la Palabra de Dios.

El sentido del servicio de la Iglesia, que reproduce la actitud de Jesucristo, el siervo del Padre.

La unidad de la Iglesia, que se revela en la fidelidad y en el amor al obispo y al Papa, de quienes el sacerdote es portavoz.

Si durante todo el curso catequético no tiene tu grupo un encuentro con el sacerdote, tal vez la imagen de la Iglesia resulte a tus muchachos lejana, con perfiles jurídicos, pero no personales.

Tú mismo encontrarás más dificultades para hacer comprender que cuanto proclamas no es tuyo, sino de la comunidad que te ha enviado. El sacerdote será considerado, sobre todo, como el hombre del culto, y no el hombre de la Palabra, para la que ha sido consagrado.

II LOS RELIGIOSOS ANUNCIO VIVO DEL EVANGELIO DEL REINO

«A VOSOTROS OS HA SIDO DADO CONOCER LOS MISTERIOS DEL REINO. (Mt 13,11)

Múltiples y diversas son las tareas cordadas hoy a los religiosos en la Iglesia. Entre ellas se encuentra la catequesis. No sé qué espacio de tiempo y de interés reservarán las distintas comunidades religiosas al servicio de la Palabra.

Y sin embargo, hoy día resulta cada vez más importante que los religiosos adquieran conciencia de su función catequética a partir del propio estado de vida, que caracteriza y cualifica su prestación dentro de las diversas actividades que desarrollan: educativas, sociales, asistenciales, etc.

El estilo de vida evangélico, al que los religiosos viven consagrados, constituye un don para toda la comunidad, porque a ellos especialmente les «ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos» (Mt 13,11). Por consiguiente, también en el ejercicio del ministerio catequético tienen ellos que ofrecer su aportación original y específica que no podrá nunca ser sustituida ni siquiera por los laicos más competentes.

En una iglesia ministerial, efectivamente, los religiosos han de escuchar la invitación a abandonar en sus servicios los rasgos genéricos de la acción apostólica, para adquirir los contornos característicos y, en cierto sentido insustituibles, de su prestación activa. Deben ser plenamente conscientes de la originalidad de toda prestación suya.

¿Cuál es la novedad del servicio catequético de los religiosos?

¿De dónde les proviene?

1. LA VIDA RELIGIOSA: CONSAGRACIÓN AL REINO DE DIOS

La originalidad del ministerio catequético de los religiosos hay que descubrirla dentro de su estado de vida consagrada. Actualmente, «dar catequesis» es un deber equitativamente distribuido en la comunidad cristiana entre los laicos, porque la catequesis es una misión de toda la Iglesia.

Sin embargo, los religiosos siguen siendo indispensables, dada la novedad de su aportación, novedad que hay que buscar en su «ser» personal y comunitario, que se eleva a la categoría de signo viviente de la realidad del reino, en particular mediante la práctica de los consejos evangélicos: la pobreza, la castidad y la obediencia.

Por esta razón, su ministerio catequético parece configurarse mejor en su novedad como servicio, mediante la proclamación, el testimonio y la espera del reino.

Es un servicio que se inscribe profundamente en su propia vocación, que es don, privilegio y, en consecuencia, responsabilidad respecto a toda la comunidad.

Anunciadores del reino

La presencia de los religiosos en la Iglesia resulta ser, ante todo, anuncio de que el reino de Dios está en medio de nosotros, porque algunos han captado y viven su novedad radical.

Ellos son efectivamente quienes, en un cierto sentido, lo hacen visible y creíble con su propia respuesta a la invitación del Espíritu.

Los religiosos son, en consecuencia, una presencia profética para toda la comunidad cristiana, a la que es preciso escuchar como a una palabra viviente que te provoca y te orienta hacia las auténticas opciones

«En virtud de su consagración personal, los religiosos son el signo viviente de la santidad de Dios que ellos anuncian. La práctica de los consejos evangélicos manifiesta a los catequizados la vida de los resucitados a la que es llamado todo discípulo de Cristo» (Directorio de pastoral catequética de las diócesis de Francia, 1964, n. 156).

Con sus opciones expresan la importancia de la Palabra de Dios para la vida y de la vida para la Palabra de Dios. En realidad, sobre ésta han construido los religiosos el proyecto de su propia existencia, llevando a cabo algunas opciones radicales:

Se han adherido a Dios como el único necesario, al que subordinan todos los otros intereses.

El reino de Dios es para ellos el tesoro escondido por el que han vendido todo lo demás para reorganizar la propia vida en sus necesidades fundamentales: el tener, el poder, la sexualidad, siguiendo la práctica de los consejos evangélicos

El primado de lo espiritual se expresa en sus vidas con su forma de tender hacia la santidad a la que Dios les llama.

La consagración religiosa significa implicarse en reino, del que los religiosos son signo catequético.

«Este silencioso testimonio de pobreza, desinterés, pureza, transparencia y abandono en la obediencia, puede llegar a ser, además de una provocación para el mundo y la Iglesia, una elocuente predicación capaz de impresionar incluso a los no-cristianos de buena voluntad que sean sensibles a determinados valores' (EN 69).

Testigos del reino

Los religiosos no se limitan simplemente a anunciar el reino, sino que, con sus opciones fundamentales, lo hacen presente y se convierten en testigos de él, ya que tratan día a día de seguir a Cristo pobre, obediente y casto.

Ellos «encarnan el deseo de la Iglesia de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Con su vida son el signo de la total disponibilidad para con Dios, la Iglesia y los hermanos» (EN 69).

El primer servicio catequético de los religiosos se identifica con el compromiso de vivir profundamente su vida consagrada para convertirla delante de todos en «profecía» del reino. Es una tarea que, por sí sola, hace de todo religioso implícitamente un catequista en la Iglesia, en virtud de su vocación (cf. RdC 194).

Nadie mejor que un religioso, ante un grupo de muchachos reunidos para escuchar la Palabra de Dios, puede, pensando en su propia vida, exclamar: «El reino de Dios está en medio de vosotros». Y no es que él esté libre de defectos y de pecado; pero esto hace palpable otro aspecto del reino, a saber, la presencia de la misericordia de Dios que salva y sale al encuentro del hombre.

La invitación de Jesucristo: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos» (Mt 4,17), adquiere un especial significado en la vida de los religiosos y les convence cada vez más de ser un signo pobre, frágil y débil del reino que proclaman, porque éste exige abandonarse totalmente a la fuerza del evangelio.

La vocación religiosa hay que vivirla siempre bajo el signo del reino, como meta a la que tender a través de todo tipo de experiencia cotidiana, que sabe de incertidumbres y fragilidad.

Heraldos de la «vida nueva y eterna»

El reino es una realidad presente, pero que se proyecta en el futuro, en el que hallará su completa realización. Los religiosos, con su vida, proponen igualmente esta dimensión de las opciones cristianas, destinadas a iluminar las realidades de este mundo. El estado de vida de los religiosos «tiene una función necesaria e insustituible en la Iglesia: la de ser, por don del Espíritu, signo y llamamiento a la 'vida nueva y eterna' y a la 'resurrección futura'» (EM 70).

Su existencia es, en efecto, una profecía permanente del mundo que ha de venir y un anticipo de lo que será la vida en el reino, donde Dios lo será todo realmente para cada uno de nosotros. En el estado de vida religiosa se inicia ya, en un cierto sentido, el futuro del cristiano. En efecto, los religiosos ofrecen el testimonio de los valores de la eternidad de diversas maneras: en el uso desprendido de los bienes, a cuya posesión han renunciado voluntariamente: voto de pobreza; en el encuentro con las personas, entre las que ninguna es

para ellos exclusiva y única, porque descubren en Dios la comunión universal con todos: voto de castidad; en las relaciones mutuas, donde siguen la norma fundamental de cumplir la voluntad del Padre: voto de obediencia.

Es el Espíritu quien en la Iglesia hace de los religiosos signos del reino y les confía el servicio catequético de la vida, antes que de la Palabra. Sin su presencia, el reino sería menos conocido y anunciado en el mundo.

2. EL SERVICIO A LA PALABRA DE LOS RELIGIOSOS

Los religiosos, con el ministerio de la Palabra, hacen más evidente, eficaz y comprensible el anuncio del reino. Al «dar catequesis» comparten la responsabilidad educativa de toda la comunidad y colaboran más directamente al crecimiento de la iglesia local.

No todos los religiosos han recibido del Espíritu la vocación al ministerio de la Palabra. Pero sí tienen todos el don de ser signo viviente, que ejerce la función de reclamo, de punto de referencia y de apoyo para aquellos que trabajan en la catequesis.

«En esta perspectiva se adivina el papel desempeñado en la evangelización por religiosos y religiosas consagrados a la oración, al silencio, a la penitencia, al sacrificio. Otros religiosos, en muy gran número, se dedican directamente a anunciar a Jesucristo» (EN 69).

La vocación catequética es un compromiso que exige, aun para los religiosos, una llamada del Espíritu, el reconocimiento oficial de su don, distinto del carisma general de la vida religiosa. Se llega a ser catequista no por el hecho de ser religioso o por falta de disponibilidad por parte de las familias, de los jóvenes, de los sacerdotes, es decir, por exigencias pastorales, sino en virtud de una respuesta de fe al don del Espíritu que invita a proclamar el reino.

El religioso solo desempeña auténticamente el ministerio de la Palabra cuando es consciente de la originalidad de su modo de ser en la Iglesia y lo comunica con la palabra, como don-anuncio, a la propia comunidad religiosa, al grupo de los catequistas y a las familias de los muchachos que le han sido confiados.

La solidaridad de la comunidad religiosa

La vida del religioso, en su ser y en su obrar, no puede nunca prescindir de su comunidad, no simplemente por razón de una afinidad de opciones o de amistad, sino por motivos de fe que

hacen presente el amor de Cristo.

Toda comunidad religiosa se constituye, por consiguiente, en la diversidad de sus miembros de una manera ministerial, es decir, como un conjunto de personas que, con su actividad, hacen solidariamente presente el misterio de Cristo en la Iglesia.

Por lo tanto, el ministerio catequético de un religioso nunca es un hecho individual, sino un momento expresivo de toda la comunidad religiosa, en la que colabora con diferentes aportaciones.

El servicio de la Palabra se convierte, ante todo, en la interpretación de la vivencia de fe de un grupo de religiosos, que se transmite con la intensidad y la fuerza con que es vivida en la propia comunidad.

En esta perspectiva, su servicio catequético exige una coparticipación profunda por diversos motivos.

La vocación catequética es el reconocimiento, por parte de la comunidad religiosa, del don que el Espíritu ha otorgado a uno de sus miembros para anunciar el reino.

El ejercicio del ministerio catequético se remite al testimonio de fe, de esperanza y de caridad de toda la comunidad, de la que el religioso, en un cierto sentido, es portavoz.

La eficacia de la Palabra de un religioso depende mucho de la oración, del sacrificio, de la santidad, de participación espiritual de su comunidad.

No es un acontecimiento exterior o extraño a la comunidad religiosa el hecho de que uno de sus miembros esté comprometido en el servicio de la Palabra; al contrario: es algo que pertenece al corazón mismo de la vida comunitaria. Por lo tanto, el primer ministerio catequético que el religioso desempeña es el de provocar a la propia comunidad a convertirse en signo auténtico del reino

El grupo de catequistas

Los religiosos adquieren un conocimiento más amplio de su función eclesial, dentro del grupo de catequistas en el que han sido invitados a participar. Se trata de una toma de conciencia que madura en la fe, pero también a través de las relaciones de diálogo encaminadas a fomentar el sentido de la comunión que la Palabra de Dios suscita en aquellos que la anuncian.

La experiencia de comunión, propia de la vida religiosa, debería significar una valiosa ayuda para extender las relaciones eclesiales entre los catequistas. Dentro del grupo, los religiosos pueden profundizar algunas actitudes básicas:

La complementariedad. Su presencia no debe evidenciar ningún signo de superioridad o complejo de inferioridad, sino que debe ser signo de servicio para todos los demás, prescindiendo de la formación espiritual o de la preparación catequética de cada uno.

La originalidad. Los religiosos, dentro del grupo, se percatan de que pueden ofrecer una interpretación nueva de la Palabra de Dios partiendo de la propia vida consagrada, que debe hacerles más sensibles a determinados aspectos del anuncio cristiano. En este sentido son un don para el grupo.

La corresponsabilidad. En la catequesis nadie está solo ante los muchachos, sino que comparte con otros, en la comunidad, la misión de educar en la fe, afrontando juntos los diversos problemas que tal proyecto suscita en cada cual.

En el grupo de los catequistas los religiosos dan, pero también reciben, porque son interlocutores dentro de un misterio que se realiza conjuntamente.

«El mismo catecismo de los muchachos indica a las comunidades religiosas que, con su testimonio, están recordando al mundo que lo que más valor tiene es poner el propio tiempo, las propias posibilidades y los propios bienes al servicio de Cristo, presente en los hermanos (Sarete miei testimoni, p. 113). No carece de fundamento el creer que la presencia discreta y el testimonio auténtico de las religiosas y de los religiosos en los grupos de catequistas, son capaces de suscitar entre los jóvenes nuevas vocaciones de especial consagración. (ICF 82).

El diálogo con las familias

Los religiosos, lo mismo que cualquier otro catequista, son invitados a llegar, con el ministerio de la Palabra, incluso a las familias de los muchachos, con objeto de ofrecer un auténtico servicio eclesial.

La vida consagrada no aleja a los religiosos de los problemas de las familias dentro de la comunidad cristiana. El voto de castidad perfecta tiene que ser considerado como una opción de comunión con Dios para revelar su reino al mundo.

El ministerio catequético se convierte para los religiosos en un momento privilegiado de este anuncio a los padres de los muchachos con quienes traban contacto, mediante una intervención que se resuelve en un enriquecimiento recíproco.

Los religiosos: advierten lo difícil que resulta para los padres, en contacto con las realidades y las preocupaciones de cada día, descubrir la acción de Dios en sus vidas y en la familia; descubren cómo pueden integrarse en la vida cotidiana y expresarse con coherencia las proposiciones de fe; - adquieren una mayor sensibilidad respecto a la realidad concreta de las situaciones humanas y un mayor equilibrio a la hora de juzgarlas.

Por otra parte, los religiosos, que en la libre elección del estado celibatario se adhieren a los valores de fe significados por el matrimonio, es decir, la comunión con Dios, pero sin mediación de criatura humana alguna, se convierten en un signo catequístico para los padres. Son, pues, una invitación a dirigir la principal atención de la propia existencia a las realidades del mundo que ha de venir y que durará para siempre (cf. LG 44); un estímulo para librarse de la indiferencia religiosa, para superar una vida que no es capaz de descubrir horizontes más amplios, a fin de abrirse a lo que es verdaderamente necesario en la existencia; una llamada profunda a las realidades cristianas que ellos testimonien con su propia vida. La búsqueda de la originalidad del ministerio catequético de los religiosos es una respuesta de fe a la Iglesia de hoy, la cual, al constituirse en términos de servicio, promueve la especificidad y la pluralidad de los diversos anuncios de la Palabra a partir de las distintas situaciones de vida.

3. LA ORIGINALIDAD DEL MINISTERIO CATEQUÉTICO DE LOS RELIGIOSOS

Donde, de una manera particular, expresan los religiosos la originalidad de su ministerio catequético, haciendo que la Palabra emerja de la vida consagrada y proponiéndola como una de las maneras de responder al evangelio, es en el grupo de muchachos de la catequesis.

La novedad del servicio catequético de los religiosos no se confió a elementos exteriores: capacidad didáctica, comunicatividad especial, mayor disponibilidad de tiempo, etc. Es un hecho enteramente interior que consiste en una cierta sensibilidad respecto a los valores del reino, en la acentuación de determinados significados, en el uso de un determinado lenguaje, en una profunda atención a la finalidad religiosa. Los muchachos deberían poder conocer e identificar a su catequista como persona consagrada, en virtud de su espiritualidad, la cual debe manifestar su familiaridad con los valores del Espíritu, su intimidad con Dios en la meditación y en la oración y un estilo de vida eclesial que madura únicamente dentro de una comunidad religiosa.

Participación en la función maternal de la Iglesia

Hecho conforme a Cristo en virtud de la consagración, el religioso puede participar con su vida de una manera más directa en el misterio de la Iglesia, madre y virgen, que engendra a los hijos de Dios con la Palabra y con los sacramentos. El mismo subraya de una manera particular el aspecto de su virginidad, es decir, de la donación exclusiva y de la disponibilidad total al Espíritu, y anuncia el amor universal de Cristo a todo ser humano.

Es verdad que el amor entre los esposos es signo del amor de Cristo a la Iglesia (Ef 5,21-33); pero este misterio pasarla inadvertido en su profundidad sin la virginidad consagrada. El vínculo existente entre Cristo y la Iglesia no es expresado únicamente por el sacramento del matrimonio, sino también por la virginidad (2 Cor 11,2), en la que se revela no sólo la entrega total, sino también el significado universal del amor de Cristo.

Las personas consagradas, en virtud de la renuncia a una paternidad o maternidad física, se hacen más disponibles para vivir el ministerio catequético como una participación directa en la función generadora de la Iglesia.

Por esta razón, los religiosos serán quienes más atentos estén a detectar los signos de inmadurez espiritual de los muchachos y a promover el crecimiento de fe, para conducirles a la plena madurez en Cristo.

El lenguaje catequético

Cuando los religiosos presentan en la catequesis las opciones cristianas, no pueden hablar de ellas con indiferencia, como si se tratase de simples informaciones. De hecho, son realidades sobre las que ellos han construido su vida, concediendo el máximo crédito a la Palabra de Dios. Es natural, por consiguiente, que en el diálogo catequético se manifiesten con claridad:

La primacía del reino de Dios, en virtud de la cual todo lo demás resulta secundario, según la invitación de Cristo: «Buscad primero el reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura,, (Mt 6,33).

La preeminencia de los valores del espíritu, sobre todo en un mundo materialista como el actual, en el que el placer, el interés, la ganancia, el poder, el sexo y la riqueza se llevan la palma.

La radicalidad de las opciones, que no admiten fáciles compromisos, sino que se plantean en los términos evangélicos de la coherencia y de la valentía de la cruz.

El lenguaje, es decir, el sistema de significados que los religiosos hablan en la catequesis no quiere ser para los muchachos un rechazo del mundo presente, sino su auténtica interpretación a la luz de la fe, para de este modo evidenciar su relatividad y su ambigüedad.

La libertad de los hijos de Dios

Los religiosos, en virtud de la práctica de los consejos evangélicos, tienen que ser capaces, en la catequesis, de hacer traslucir la alegría de su libertad, que comunica una especial capacidad de relacionarse con todos.

Es éste un aspecto que atraviesa todo el mensaje cristiano, dirigido a promover la libertad de los hijos de Dios, es decir, la disponibilidad, la sencillez, la espontaneidad en el encuentro con el Señor y con los hermanos.

RLSOS/VOTOS-LIBERTAD: Tal actitud fundamental, que les viene a los religiosos de la toma de conciencia de su

pobreza interior, les hace disponibles, acogedores, confiados para con todos. La libertad, resultado de la práctica de los consejos evangélicos, se convierte en una responsabilidad de servicio que encuentra en el ministerio catequético una de sus expresiones

habituales. Escribe el apóstol Pablo: «...habéis sido llamados a la libertad (para) serviros por amor los unos a los otros» (Gal 5,13).

Los religiosos son, pues, educadores en la libertad cristiana.

La libertad respecto a las cosas, en virtud de un profundo sentido de confianza en la Providencia, en la que descansan porque en Dios lo poseen todo.

La libertad respecto de las personas, ya que en el Señor resucitado encuentran a aquel que da sentido a su amor y lo colma.

La libertad respecto a si mismos, que les hace conscientes de sus propias limitaciones, aceptándolas con serenidad, a fin de hacer sitio a Dios en la propia vida.

Sobre todo los muchachos de hoy, insertos en una sociedad de consumo, tienen necesidad de ser educados en la libertad, que les hace más felices y mas despegados de todo lo que les rodea.